



Aura Christi, *Jardines austeros*, Madrid, Éride Ediciones, 2018, 176 páginas.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.21.2019.527-532>

El lector español se sorprenderá por el sobrenombre sonoro y espiritual de esta escritora moldavo-rumana. Después, si ese lector empieza el tomo por su biografía, tratará de seguir a Aura Christi y su familia por los vericuetos de las culturas que formaron el antiguo Imperio austrohúngaro, con sus revoluciones, pueblos itinerantes, lenguas que se solapan, deportaciones y fronteras movedizas. La palabra *moldavo* parece resumirlas ambiguamente: tres pueblos, dos países –uno de ellos el más pobre de Europa–, una franja en litigio a orillas del Dniéster y millones de almas perdidas.

Nuestra poeta de Chisináu y su parentela forman una confusa trama que se parece –para usar un símil cervantino– al revés de un tapiz, con los colores y el dibujo desvaídos. De ahí que Christi hable de su familia rumano-rusa como «mi tribu esparcida por el mundo» y dibuje un árbol genealógico con largas ramas macedonias y moscovitas, que cubren gran parte de eso que llamamos confusamente la Europa del Este.

Los españoles no entendemos del todo bien esas fronteras móviles, que desde la Gran Guerra Patria empujaron a Rumanía hacia el este, hacia lo que había sido Hungría, a la vez que perdían el sector de Besarabia, que formaría la actual Moldavia.

El desmembramiento del Imperio austrohúngaro, simbolizado por la cartera con papeles que Aura heredó de su abuelo, no solo provocó la Primera Guerra Mundial e, indirectamente, incluso la Segunda; dejó también huérfanos de país a millones de personas, que después se ahogaban en el socialismo, o en algo que aspiraba a serlo y que se quedó en capitalismo de estado, dirigido en Rumanía por el megalómano líder supremo, el *Conducător* Nicolae Ceaușescu. Pero por entonces todavía Aura no se había establecido en Bucarest y estudiaba periodismo, según ella bajo la figura tutelar de Lenin, en Chisináu-Kisinev, capital de la vecina República Socialista Soviética de Moldavia, extinguida en 1990.

Pero dejemos la política. No he tenido el gusto de conocer a esta elegante poeta en persona, pero es fácil verla en entrevistas a las televisiones rumanas, donde se nos aparece como una mujer menuda, con un corte de pelo moderno y una voz fina, que casi se rompe por momentos, pero muy

audible. Con esa voz explica pausadamente cuestiones de estética, poesía y cultura, desde Bucarest.

Todo empezó con un grave seísmo en 1940 y con los bombardeos británicos y norteamericanos de la Segunda Guerra Mundial. Por si esto fuera poco, el viernes 4 de marzo de 1977 a las 21:22 y durante cincuenicincos segundos, un terremoto de 7'2 en la escala de Richter originado en la región de Vrancea quebró Bucarest en millones de pedazos. Y allí sigue, hasta hoy, rota y sin alma. Nadie la ha reconstruido; ni siquiera se han molestado en enlucirla y pintarla. La París de Rumanía se convirtió en escombros y descampados, en autopistas, en la plaza Piața Națiunii, en el enorme bulevar de Unirii y en el siniestro Palatul Parlamentului. Los pedazos que escaparon del seísmo se alzan hoy resquebrajados y dispersos por la confusa llanura que fue una hermosa ciudad. Incluso el pobre y humillado Râul Dâmbovița, el río de Bucarest, se convierte a esa altura en un triste canal de hormigón y las fuentes de la plaza están secas.

Esa ciudad desventrada por un terremoto y por un dictador megalómano, una urbe casi sin alma, casi sin pasado, casi rota del todo y sin centro, nos sale al paso en muchos poemas de Christi:

No hay nada que hacer.  
 Las estatuas de esta ciudad se inclinan lentas  
 hacia la muerte. Las noches aquí  
 parecen destripadas por las palabras de un profeta,  
 escuchado por las aves, por los caballos de los gitanos.  
 El aire es cerrado como una cripta sin descendencia (56).

Porque, para ella, la vida parece ser una tumba y la vivienda un sepulcro, como en nuestro Quevedo o como en el seco Emil Cioran. Esta idea, que nos extraña tanto en la España de hoy, tan hedonista y anestesiada, asalta al viajero desprevenido en muchas esquinas de Rumanía y, en especial, de Bucarest.

La otra explicación conexas de la poesía de Aura es acaso la alienación brutal que trajo el socialismo de Ceaușescu, una alienación que ese dictador aprendió en Corea del Norte en 1971 y que bautizó como *sistematizare* o «sistematización», en la peculiar jerga del régimen. El antiguo obrero politizado y líder supremo tramó un plan terrible de «sociedad socialista multilateralmente desarrollada», que consistió en la demolición de aldeas y la deportación acelerada de sus habitantes a barrios urbanos de bloques impersonales, esas sórdidas torres que en algunas antiguas repúblicas

socialistas llaman justamente *plattenbauten* o *paneláky*, porque están construidas con paneles prefabricados de hormigón y consisten en colmenas cuadradas de minipisos para las pequeñas familias socialistas.

Bucarest, a la sazón destrozada por el temblor, empezó a sufrir otro terremoto, nada casual:

Unos 8 km<sup>2</sup> del centro histórico de Bucarest fueron destruidos. La campaña de demolición (denominada *Ceaușima*) implicó el derrumbe de varios monumentos, incluyendo tres monasterios, veinte iglesias, tres sinagogas, tres hospitales, dos teatros y un destacado estadio de estilo Art Deco. La misma también involucró el desalojo de 40.000 personas con tan sólo un único día de aviso previo antes de ser relocalizados en nuevos hogares, para hacer lugar para el grandioso Centrul Civic («Centro Cívico») y el inmenso Palacio del Pueblo (el cual en la actualidad es la sede del Parlamento rumano), y se alega que este último es el segundo edificio más grande del mundo, siendo sólo superado en tamaño por El Pentágono (Butnariu, 2017: 55).

Hasta aquí, Wikipedia (o cualquier otra guía turística para el alucinado visitante de Bucarest, si a eso vamos).

En Rumanía y en muchos otros países la alienación de las masas obreras así «liberadas» del yugo capitalista consistía en el desarraigo y la abolición del pasado. Por eso se desalojaba a las familias campesinas o urbanas en cuestión de horas; por eso se arrasaban las aldeas seculares, los monasterios o las iglesias. Y el Palacio del Pueblo aplastó el centro de la ciudad que el terremoto había perdonado, de suerte que hoy día el visitante de la ciudad encuentra un dedalo de calles incomprensibles, que hace un siglo quisieron parecerse a París, y un parlamento monstruoso, el hijo predilecto del *Ceaușima* o el peculiar *Hiroshima* rumano.

En semejante escenario, existe también un peculiar clima humano. La novela *The Dean's December* de Saul Bellow comenzaba en Bucarest a principios de los años ochenta, con un decano norteamericano atrapado entre un hospital gris y la burocracia rumana de la época. El gran novelista de Chicago logró reflejar a la perfección el ambiente opresivo y la alienación del hombre moderno frente al sistema, tanto en la Norteamérica rica como en la atormentada Bucarest de 1980.

Aura Christi traduce ese panorama de desolación en términos de desesperanza, alienación, angustia y muerte, en ocasiones con un pequeño resquicio de luz. Seguimos a la autora en sus vuelos y caídas, en sus pesadillas, en sus caprichos verbales, en sus saltos en el vacío. La

acompañamos en especial cuando, como en el poema «No hay nada que hacer» (56), comparte con nosotros su tedio, su abulia, su crisis, su dolor. Así, exclama: «Gime. Gimotea. Abandónate al llanto».

A cada paso, durante la lectura de los *Jardines austeros*, nos asalta la visión de la muerte: «Nos enlucimos de la muerte en la muerte» (56) . O incluso proclama su propia desaparición:

El sol engulle la habitación donde escribo  
-tumba de otrora, de hoy, de más tarde.  
¿La última noticia? Ni rastro de mí (56)

Mas esa muerte fingida, temida o deseada no oculta un constante ensimismamiento de tono existencialista, a menudo violentamente gráfico: «como un pegote soy para mi cuerpo» (74). Nuestra poeta se nos aparece entonces llena de ira:

Me acurruco. Me desbarato. En mí me apiño.  
Como si todo lo que me queda fuese a recaer  
en la inmemorial carroña del propio yo,  
en la gruta de este maldito cuerpo (72).

Como especialista en el Barroco, me llama la atención la helada desconfianza cósmica, pareja al famoso «Ni es cielo ni es azul» (el soneto de uno de los Argensola) o las negaciones calderonianas del XVII español. Como los escépticos seiscencistas, Aura anota estas amargas reflexiones:

Miente el ocaso,  
engaña a los dioses,  
la forma que encierra  
colores y verbos ... (60)

Y, como en aquellos escritores barrocos, Aura señala el abismo, pero lo hace con cierta vitalidad, con la fuerza arrolladora de un creacionismo o un naturalismo nerudianos, como en el poema titulado «El alma de la lluvia»:

Ay, lluvia esperada,  
ven de entre los edificios,  
con centenares de sombras  
de muchachas bailando (68).

La poeta nos apabulla con frases demoledoras sobre «los años de hierro» (52), pero conserva el vitalismo y exhibe su capacidad de supervivencia, como cuando reflexiona: «De todo lo que no me ha matado me rehago» (72).

La irrupción de la naturaleza también se traduce en brillantes metáforas casi surrealistas: por ejemplo, los insomnios son nada menos que «corderos lechales» (80). Y nos asombran otras imágenes con un sabor barroquizante:

En el aire: reventando, manos  
de querubines de plata  
y solo movimientos lentos  
de mariposas perseguidas (68).

En la España de 1940, Dámaso Alonso, siguiendo a Kierkegaard, a Sartre y quizás a Quevedo, publicó un poemario que era un grito existencialista, *Hijos de la ira*, donde interpelaba a Dios y evocaba mil imágenes de muerte, como en su poema «Insomnio» (Alonso, 1987: 13):

Por qué se pudren más de un millón de  
cadáveres en esta ciudad de Madrid  
por qué mil millones de cadáveres se pudren  
lentamente en el mundo  
(Alonso, 1987: 13).

Ahora oímos en Christi otro grito, más ahogado y femenino, pero que en realidad evoca al mismo Dios esquivo y maldito de Dámaso. Para ella, el ser supremo ni siquiera merece su nombre y se alude a él como un auténtico vacío (y en minúsculas):

Todo es juego, bullicio, y carcajada,  
y silencio, y extravío,  
escarbado por el gran nadie,  
de donde regreso por encima del ser.

Y me hundo. Me hundo  
como en el santo abismo no conocido,  
engullendo del gran nadie  
arrojado en mí desde otro cuerpo (54).

Por otra parte, Aura no solo se muestra existencialista, sino que en muchos poemas se torna mística y espiritual: «en el centro del apocalipsis, santo abismo, una voz como de profeta» (64). Y, como buena existencialista, aquí y allá interpela o insulta a su dios, que parece ser uno mismo bajo muchos nombres: «Cristo, mi ángel, Alguien, el gran nadie, el gran rufián...» (84). Su propio alias encarna a su modo al Creador, en la persona de su hijo.

Pero no hay verdadera poesía sin forma. En ese terreno, los lectores en castellano, y quizás no solo ellos, se sorprenderán por las palabras amalgamadas, en una fulminante acuñación de ideas y esferas distintas: «habitación-tumba, grito-candado, hierbas modorras...». Aura manipula con maestría las imágenes fulgurantes, las transiciones imposibles entre ella y el mundo, en una suerte de expresionismo que comunica los dos planos, el íntimo y el de la exterioridad. Entonces el paisaje animado irrumpe en el cuadro poético: «Por la tarde entra atropelladamente una tarde gigantesca» (64).

Estos son, en suma, el tono y el fondo, el aura de los poemas de Christi –traducidos por Dana Oprica y corregidos por Alexandra Cherecheș–, que nos habla de un paisaje desolado y desolador, aunque también vivo a su modo. Uno de sus títulos parece resumir justamente ese clima poético ambivalente: «Desde el infierno, con amor» (10). Estamos ante una artista rica de imaginación, libre y dueña de su arte, una sorprendente mística moderna a la que saludo desde Madrid.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Butnariu, Cristian (2017), *Nicolae Ceausescu: The Profile of a Tyrant and Dictator*, vol. 4, Scotts Valley, CA, CreateSpace Independent Publishing Platform.

Alonso, Dámaso (1987), *Hijos de la ira*, Colección Austral, Madrid, Espasa-Calpe.

HÉCTOR BRIOSOS SANTOS  
 Universidad de Alcalá de Henares, Madrid  
[h.brioso@uah.es](mailto:h.brioso@uah.es)